

LA MUJER EN EL ARTE EL ROMANTICISMO REZAGADO DE BERTA MORIZOT¹

A este primer centenario del romanticismo que se está celebrando o se va a celebrar *un peu partout* este año en recuerdo a la famosa introducción-manifiesto del *Cromwell* de Victor Hugo, me hubiera gustado poder asociar - algo arbitrariamente, cierto - el nombre, perfumado como el más exquisito “*bouquet* del país de Francia” que diría Rubén, de Berta Morizot.

Sus fechas -1841-1895 - nos obligan, al hablar de romanticismo, a emplear el calificativo de *rezagado*. Pero ¿qué importan la fechas? Mac Pherson publicó sus poemas “de Ossian” en 1760, y este año no hará cien años, sino ciento cincuenta y tres que el desesperado amante de Carlota indicó el camino del suicidio a los “pasionales” del mundo entero. Por tanto, si se ha de tomar la publicación de *Cromwell* como eje del romanticismo, las fechas que comienzan y acaban la vida de Berta Morizot no resultan más problemáticas que las de los dos nombres – Ossian y Werther – considerados como padres indiscutibles de todo el movimiento romántico.

Ahora que Berta Morizot no fué escritora, sino pintora, y que en pintura el romanticismo, cuando no estalla en temas tremebundos o patéticamente elegíacos, es más incómodo de percibir.

(Mas ya comenzamos por curarnos en salud hablando de arbitrariedad.)

Era la mujer de Eugenio Manet cuñada, por tanto, de Eduardo Manet, jefe de aquella famosa escuela de las Batignolles, que abrió la no menos famosa ventana sobre “el aire libre”, y a la que el malintencionado ingenio de un publicista oscuro pretendió condenar a la picota eterna con el sambenito - hoy cartel glorioso - de impresionismo. Berta, discípula fervorosa de su cuñado, fué la sonrisa del taller y de la obra de éste, modelo de algunas de sus más delicadas figuras - la del *Sofá*, la del primer término del *Balcón* – y, muerto éste, dedicó todos sus esfuerzos a situarle en el altísimo puesto que había de ocupar en la pintura mundial.

¹ *Blanco y Negro*, 17.4.1927, pp. 100-101. Esta revista ilustrada de enorme éxito y difusión fue fundada en 1891; llegó a gozar de gran prestigio por sus artículos y colaboraciones literarias y su cuidada elaboración gráfica. Fue la primera revista en utilizar el color y en sus páginas apareció la primera fotografía en color de la prensa española. Margarita Nelken colaboró con esta importante revista semanal desde 1926 hasta 1931, ocupándose de la crítica de arte y de temas femeninos. En su sección, Nelken aborda a menudo el tema de lo español en el arte y del lugar ocupado por la mujer en la historia, en el arte y en el mundo moderno. Muchos de sus artículos se ocupan de mujeres destacadas del mundo de la cultura, del arte o de la ciencia, presentando a las lectoras modelos de identificación positivos, a pesar de algunas actitudes y posiciones no exentas de ambigüedad.

Pero no es su energía en las horas malas la que pone su nimbo en el nombre de Berta Morizot. Sus contemporáneos sí verían en ella, sobre todo, a la “animadora” de la escuela mofada, y aquellos jóvenes pintores que se reunían en torno a Manet, aquel grupo de escritores y artistas que lo rodea en el lienzo de Fantin Latour, vibrarían, de seguro, emocionados al pensar en esa mujer que pertenecía a un rango social más privilegiado que el suyo, que por su belleza singular hubiera sido festejada en todos los salones, y que, volviéndose resueltamente de espaldas a cuanto significa mundanidad, dedicaba toda su inteligencia y toda su gracia a compartir las penalidades y, cosa más grave, el ridículo que sobre ellos se cernía y crecía a cada Exposición. Algunos, empero, veían ya en ella, ante todo, a la artista. Y ésta sola es la que nosotros queremos ver. Su recuerdo no por eso es menos sentimental.

Descendía de Fragonard, y todo el aroma de fácil sensualidad que se desprende de la obra de este antepasado suyo convirtiéndose para ella en amable ternura. Por esto encontré desde el primer momento al unísono en su visión con Renoir, en quien tanto se ha reconocido al descendiente espiritual del “*charmant* Frago”. Fragonard es dieciochesco y dieciochesco en Versalles, lo cual quiere decir ingenuamente libertino. Berta Morizot firmaba sus obras - jardines, marinas, naturalezas muertas, acuarelas, y, sobre todo, retratos de mujeres jóvenes, bellas y elegantes, en el *boudoir* o entre flores - hacia 1870 y 1880.

Ya ha pasado el tiempo *pasional* del romanticismo; queda el rescoldo, la dulzura, las lágrimas que no llegan a sollozos. Es la segunda frontera; la primera fueron los versos de la “divina Marcelina”. Incluso no estaría mal este terceto: Marcelina Desbordes Valmore, amante doliente, tan dulce y tan deliciosamente desgraciada, que fuerza nos es pensar que hubiera sido lástima verla dichosa; Jorge Sand, amante terrible, encanto y martirio a un tiempo - tiempo brevísimo - de los artistas mucho más femeninos que ella, un Chopin, un Musset, y, por fin, Berta Morizot, amiga dilecta, toda dulzura también, como Marcelina; pero toda sonrisa, color de rosa toda, como en los lienzos de su picaresco tatarabuelo.

Probablemente la hubieran dejado pasmada de asombro llamándola romántica. Hoy Keyserling nos ha hecho comprender lo poco que en el tiempo significan unos siglos y la unidad que preside en tan corto espacio a todas las manifestaciones. Berta Morizot, tan poco “reclamística”, tan suave, tan rosada, tan amiga en su vida y en sus obras de los gestos tranquilos, de las sonrisas sin estrépito, prestándose voluntariamente a ser la “sombra” o, todo lo más, el reflejo del amigo y maestro, se nos aparece hoy en nuestra

velocidad y nuestra trepidación tan “heroína romántica” como la que más. Justo es pues, dilatar por ella unos años, una época que, por otra parte, sus primicias dilatan hasta casi un siglo antes la fecha elegida para conmemorarla.

Margarita Nelken